Papá (im) posible

Una historia de vida

Norman Darío Moreno Carmona
Universidad de San Buenaventura
Cali

EDITORIAL
BONAVENTURIANA
UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA

Colección
PERFILES

Papá (im)posible

Papá (im) posible

Una historia de vida

Norman Darío Moreno Carmona
Universidad de San Buenaventura
Cali
2024

Moreno Carmona, Norman Darío

Papá (im)posible. Norman Dario, Moreno Carmona, Gerardo Alexander Saavedra Ocampo, coeditor -- Cali: Editorial Bonaventuriana, 2024.

158 páginas.

Incluye referencias bibliográficas

ISBN:

Colección: Perfiles

1.Familia – Aspectos psicológicos 2. Familias sin padres 3. Adolescentes --Relaciones familiares 3. Relaciones padre e hijo 4. Crianza – Aspectos económicos y culturales 5. Familias – Relatos personales I. Moreno Carmona, Norman Darío II. Saavedra Ocampo, Gerardo Alexander II. Tít.

306.85 (DDC 23)

M843

CEP- Biblioteca USB Cali.

Editorial Bonaventuriana
© Universidad de San Buenaventura

Papá (im)posible

© Autor: Norman Darío Moreno Carmona
© Coeditor: Gerardo Alexander Saavedra Ocampo
© Universidad de San Buenaventura
© Editorial Bonaventuriana, 2024

Dirección Editorial Cali
Carrera 122 # 6-65
PBX: 57 (2) 318 22 00 - 488 22 22
e-mail: editorial.bonaventuriana@usb.edu.co
www.editorialbonaventuriana.usb.edu.co
Colombia, Suramérica

Dirección editorial: Claudio Valencia Estrada
Corrección de estilo: Fernanda Poveda Cardona
Diseño y diagramación: Manuel Reyes
© Fotografía: Joshua Pérez

Los autores son responsable del contenido de la presente obra.
Prohibida la reproducción total o parcial de este libro
por cualquier medio, sin permiso escrito del autor y de los editores.

© Derechos reservados de la Universidad de San Buenaventura.

ISBN:

Cumplido el depósito legal (Ley 44 de 1993, Decreto 460 de 1995 y Decreto 358 de 2000).
Impreso en Colombia - Printed in Colombia

2025

Contenido

Agradecimientos 9
Presentación 11
Fernando, un papá muy comprometido 12
Alex, un joven sin padres 14
La paradoja 15
Vocabulario o jerga 17
Prólogo 21
Capítulo 1
¿Cómo ser papá sin haber tenido uno? 25
La abuela 26
La madre 29
El padre 33
Los tíos y primos 35
Capítulo 2
Las experiencias de vida 45
Una infancia de carencias y riesgos 45
El barrio 52
Las primeras "travesuras" 54

Las huídas de casa 55
La escolarización 58
La Casa Juvenil 67
La vida laboral 71
Capítulo 3
La etapa oscura 77
Capítulo 4
El proceso de transformación 87
La estabilidad emocional: encontrar una compañera 87
La llegada de los hijos: un campanazo de alerta 96
Las migraciones 101
El proceso de cambio 108
La experiencia religiosa 113
El milagro 121
Capítulo 5
Paternidad (im)posible 127
El interés por los niños y el despertar de la sensibilidad paterna 127
Reconociendo la particularidad de cada hijo 130
Las prácticas de crianza 138
Sobre los aprendizajes de la vida 144
Reflexiones sobre la paternidad 149
Epílogo 153
Referencias 155

Agradecimientos

A mi padre, Fabián de Jesús, quien dejó un legado de papá comprometido, no solo en la gran responsabilidad de levantar una familia de doce hijos, sino, ante todo, porque fue un ejemplo de hombre, de esposo, de persona que, con honestidad, trabajo y mucho amor, era alguien en quien siempre nos pudimos apoyar. Nada impidió que, además de su fortaleza, tuviera siempre disposición para demostrar su cariño a nuestra madre, jugar con sus hijos y hacernos reír.

Al protagonista de esta historia, su esposa y sus dos hijos, por haber aceptado abrir las puertas de su intimidad para llevar un mensaje de esperanza frente al cada vez más difícil camino del proyecto colectivo familiar. La reserva de confidencialidad que protege el protocolo de investigación no le resta al reconocimiento que merecen (G.A.S.O.).

A la Universidad de San Buenaventura, sede Medellín, que apoyó el desarrollo de esta iniciativa, y a la sede Cali, que se animó a su publicación, por creer en la importancia de la divulgación del conocimiento, más allá de los límites del mundo académico, y por apostar al impacto de la comunidad en general, produciendo textos en un lenguaje más cercano, que alimenten la reflexión y brinde algunas orientaciones prácticas sobre sus problemas más sentidos.

Norman

Presentación

Lo primero que debo señalar es que, con más de treinta años de academia y buena parte de ellos dedicado a estudiar la familia, venía sintiendo, paradójicamente, la necesidad de escribir para las familias. Los esfuerzos por responder a las mediciones que, desde la ciencia, se nos imponen en el mundo académico han desembocado en un buen número de publicaciones escritas con el suficiente rigor como para pasar la revisión de otros científicos, pero que, en su lenguaje estructurado, acartonado y lleno de citas, datos estadísticos y referencias que justifica cualquier argumento, se alejan de cualquier público que quisiera simplemente comprender lo que está pasando con nuestro entorno más decisivo en el desarrollo personal: la familia.

Agradezco a la Universidad de San Buenaventura por estar abierta a este tipo de publicaciones que, personalmente, considero un respiro, en principio para quien escribe, por permitirme la libertad de expresar a mi manera las reflexiones generadas por tantos años, y que ojalá logre hacerlo en un lenguaje sencillo y ameno para cualquier lector. Debo señalar que, no obstante, los resultados de la presente reflexión también corresponden a un ejercicio investigativo y se respaldan en la trayectoria académica de quien escribe.

Lo segundo es que, en medio de tantos temas posibles y necesarios que podrían considerarse de interés urgente para el abordaje del contexto familiar, he decidido dedicar este texto al padre, porque es el tema al que ha desembocado este recorrido investigativo; de hecho, pareciera ser punto de partida y de llegada, tal como la historia que soporta el presente libro.

Lo digo porque, precisamente, en mis comienzos como estudiante de psicología, se hizo popular la frase: "madre no hay sino una, papá puede ser cualquier hijueputa" (Salazar, 1990, p. 199), que identificaba la realidad de, al parecer, una parte de la población más vulnerable de las ciudades capitales y que luego yo también constato en mi paso por estas comunidades, hasta corroborar hoy, después de treinta años, que esa realidad no ha cambiado mucho e incluso podría estarse acentuando.

Es desconcertante pensar que, después de tantos años de las famosas "Escuelas de Padres", de los esfuerzos por promover "Nuevas Masculinidades", de la insistencia de las iglesias por promover la importancia de la familia, y aunque hay que reconocer que nos sorprenden algunos jóvenes comprometidos con renovar el ejercicio de la paternidad, la realidad de los datos sigue mostrándonos el incremento de los hogares conformados por una madre cabeza de hogar y una creciente ausencia de los varones en el proceso de crianza de sus hijos, la mayoría de los casos por abandono (Moreno-Carmona, 2018).

Es este panorama, un tanto desalentador respecto al padre, el que nos invita hoy a reflexionar sobre la posibilidad real de la paternidad, a partir de un caso de la vida real.

Espero que, sobre todo, los hombres se animen a leerlo: adolescentes que todavía no son padres, jóvenes que acaban de concebir, hombres que ya son padres y que están enfrentando las dificultades del día a día de las relaciones de pareja y que pudieran estar considerando la idea de "irse". Pero también las mujeres, que son quienes, en su mayoría, están criando a estos hombres que abandonan, para que conjuntamente nos preguntemos: ¿cómo estamos formando a los hijos para la paternidad? ¿Cómo estamos apoyando a las madres en esta tarea? ¿Cuál es la responsabilidad de la sociedad y la escuela en este proceso formativo?

Y, para poder comprender el verdadero sentido de esta historia de vida y la paradoja que se nos presenta sobre la paternidad, es necesario comenzar con la lectura de estos dos casos para poder adentrarse en el contenido de este libro:

Fernando, un papá muy comprometido

Mi hijo menor ya cocina, incluso hace para su hermano, en vez de que el mayor haga para el menor. A veces yo les hago la comida y les digo: ¿qué quieren comer? Otras veces les hago maicitos, hamburguesas, perros, patacones, marranitas o les digo hagamos tal cosa y yo les cocino. O sea, nunca la responsabilidad de la cocina ha quedado solo en mi esposa, aunque yo trabaje y ella esté todo el día en la casa. Yo llego y le digo: ¡qué hubo, mamita! Ella me dice: vení, ayudame en tal cosa o haceme el jugo, o haceme esto o lo otro. Entonces, yo le respondo: vení te pico esto,y le pico la ensalada.[1] Ellos ven siempre eso. Y mientras nosotros estamos en la cocina, ellos están en la sala, frente al televisor. Siempre ha habido comunicación: ¿cómo te fue hoy? Ellos vienen, se paran en la cocina, nos hablan, nos abrazan, o sea, siempre está allí esa relación.

1. El lector podrá interpretar las expresiones lingüísticas de los testimonios presentados en este libro como errores de ortografía (p. ej., "vení, ayudame"), particularmente en el uso del acento o las tildes; sin embargo, sugerimos hacer la pronunciación tal como está escrito, respetando los acentos, pues corresponde a la manera de hablar de esta región del suroccidente de Colombia, donde se tiende a enfatizar la última sílaba (mirá, hacé, andá).

Ahora, con los estudios del mayor, él tiene que estar en el computador. Entonces, él se viene para el cuarto con el computador, porque él estudia en línea; ya no asiste a un salón de clases. Tiene que estar en el computador hasta tarde de la noche, cumpliendo con sus tareas. No hay que arriarlos mucho, a veces sí, porque les dejan muchísimas tareas, por lo que hay que estarles diciendo: ¡ojo! Pero el menor es súper responsable en eso, es muy centrado en sus estudios.

Entonces, digamos que siempre la comunicación entre nosotros es todo el tiempo allí, entre la cocina y la sala. En todas las casas en las que hemos vivido siempre ha sido así: el televisor en la sala, ¡un solo televisor! Y bueno, si hay que ver algo que a ellos les guste, pues lo vemos. Si hay algo que a mí me gusta, a veces una película, la pongo y la vemos. Así nos la pasamos con ellos.

Entonces, ellos están preparados para enfrentar la vida. Son muchachos muy sanos, muy tranquilos; no se van a meter en un problema. El mayor, por ejemplo, no es una persona temperamental ni agresiva. Es tranquilo, es un muchacho muy llevable, al igual que el menor. Pueden enfrentar lo que sea, pueden vivir solos, no tienen problemas de amistades: ¡ah, que yo tengo amigos y me voy a *rumbear*[2] con los amigos!, o me gustan las drogas y cosas así, porque acá donde vivimos los muchachos son libres. Acá, si a los muchachos les gusta la marihuana, los papás no pueden decir que no; tienen que dejar que fumen marihuana. Pero mis hijos no, ellos no tienen como ninguno de esos problemas. Todavía se dejan, digamos como... no mandar, sino corregir. Si hay un momento en que les tengo que alzar la voz, se la alzo. Si hay un momento en que les tengo que decir te voy a dar tres correazos pues se los doy. Les tiemplo cuando hay que templarles. De pronto, hacen algo que no deben hacer o, de pronto, si tienen que hacer algo y no lo hacen en el tiempo que se les pide el favor, entonces toca.

Yo utilizo mucho la palabra "güevón", y de pronto le digo a uno: ay, pero ¿a este güevón qué le pasa? ¡Portate serio y hacé las cosas! Entonces, a veces ellos me dicen: "papá, pero ¿por qué me tratas así? No me trates así, no me diga malas palabras". Entonces, yo me calmo y al rato voy, y le digo: "vea, papi, perdón, me exalté", o sea, les pido disculpas por el error que cometí y por el trato. Les digo: ¿me perdonas? Y ellos me dicen: sí, apá, tranquilo. Si cometemos un error, pues hay que pedir disculpas, porque a veces yo me ofusco por alguna situación y, bueno, les pido disculpas y les explico. Pero siempre ha habido buena comunicación, y la relación entre nosotros yo creo que es muy buena.

Por ejemplo, un día me dice mi hijo: papá, yo quiero unos guayos, y yo le respondo: "pero venga, es que usted ya tiene guayos. Y me dice: no, pero es que ya están viejitos. Yo le dije: no, hasta que se le acaben los guayos, yo le compro otros; o papi, es que quiero unas zapatillas de $ 350. ¿Ah sí? Vaya, mijo, trabaje para que se las gane. Yo te ayudo con cien y vos metés el resto. Entonces, él se va a trabajar conmigo

2. El significado de estas palabras o expresiones resaltadas a lo largo del texto se puede consultar en el apartado "Vocabulario o jerga".

y compra sus zapatos. Que es que yo quiero esto de esa marca. ¿Ah, sí? Pues yo no te puedo dar eso. Espere a diciembre o hasta tal fecha; así, él no se mentaliza tanto en que todo tiene que ser de marca o en que tiene que ser costoso para vivir, porque yo sé que se pueden frustrar con muchas cosas en su vida.

Nosotros estamos pendientes hasta en las tareas. Si tenían alguna dificultad con sus tareas estábamos allí para ayudarlos: ¿qué es lo que necesita? Pedíamos cada dos meses una reunión en el colegio para ver cómo van iban ellos, e íbamos los dos. No es que la mamá iba sola, ¡íbamos los dos! Así yo tuviera que trabajar, le decía: pedí una reunión para mirar cómo va el proceso de los muchachos y vamos los dos a la reunión, y no la reunión de padres en general, sino con el profesor, para ver exactamente cómo iban ellos. Siempre somos los dos en todo, haciéndoles acompañamiento en lo que sea: en el fútbol, en sus actividades recreativas, en todo.

Alex, un joven sin padres

Como era frecuente, apareció un "amigo" con el caso de unos extranjeros que él conocía, quienes vivían en un lugar ubicado en una zona privilegiada de la ciudad, y que continuamente los veía llevando dinero en bolsas de tela a su apartamento. El dinero era producto de su negocio, al parecer muy lucrativo, que tenían al lado del edificio donde vivían.

Mi amigo me comenta que, si quería "hacer la *vuelta*", tenía que considerar que era algo riesgoso, porque la zona tenía mucha seguridad.

Yo acepté, pero antes comencé a reconocer el sector durante varios días. Hacía recorridos en la mañana y en la tarde, en horas que no fueran muy transitadas por la gente y la policía, considerando ciertos datos que me dio mi amigo respecto a las horas que los extranjeros entraban y salían del apartamento, quién permanecía durante el día y cuántas personas había ahí. Luego de analizar varias opciones, tomé la determinación de realizar el trabajo un domingo a las tres de la tarde, después de que la policía realizara patrullajes y la gente del sector, por lo general, saliera de viaje; además, a esa hora muchas personas estaban almorzando por fuera de sus casas, otros haciendo la siesta y otros resguardados del calor.

Cuando ya tenía todos los datos, reuní a cuatro de mis amigos y les mencioné la *vuelta* con la información que tenía hasta el momento y tomamos la decisión de realizarla.

Llegó el domingo, nos reunimos en mi casa para dar las indicaciones de nuevo sobre cómo lo íbamos a hacer, y nos dirigimos al lugar.

Yo entré al edificio como una persona que estaba haciendo ejercicio en el sector y me dirigí al guarda de seguridad. Le apunté con mi arma, lo llevé al baño, lo até de

manos y pies, le cubrí la boca con un trapo grande y le pedí las llaves de la puerta del garaje para que mis amigos pudieran entrar el carro al parqueadero.

Al entrar al parqueadero, uno de ellos debía quedarse con el guarda mientras nosotros subíamos al apartamento. Yo me puse la gorra del vigilante en la cabeza y, al tocar la puerta, coloqué la gorra en el visor o mirilla de la puerta. La empleada de servicio preguntó: ¿quién es? y, al decirle que era el guarda, me abrió de inmediato. Nuevamente utilicé mi arma para amenazar a la empleada y entramos todos al apartamento para buscar otras posibles personas que pudieran estar en la vivienda, pero solo había dos bebés durmiendo, a quienes cuidaba la empleada. Uno de mis amigos la ató al lado de la cama de los niños y los demás comenzamos a buscar el dinero.

Encontramos muchas bolsas con gran cantidad de monedas y, en un cajón, los billetes. De inmediato, y rápidamente, ocupamos varios maletines grandes que habíamos llevado y otros que encontramos en el lugar, y los llenamos con el dinero; como pesaban mucho por ser monedas, nos tocó hacer dos viajes al parqueadero. Al ver que todo estaba tranquilo, aprovechamos y nos llevamos artículos pequeños, como cámaras profesionales, reproductores de video que no habían salido al mercado, y que nosotros ni siquiera sabíamos lo que eran esos aparatos. Lo dedujimos porque vimos películas en su interior, computadores portátiles, grabadoras, etc.

Al terminar, abrimos la puerta del garaje y yo salí a verificar cómo estaba la calle. Al verla tranquila, todos los demás abandonaron la escena en el vehículo. Yo me quedé con el vigilante mientras se alejaban lo suficiente y lo amenacé para que, al irme, no hiciera ningún ruido. Salí del edificio y abordé un taxi que pasaba por el lugar, diciéndole que me llevara a cierta parte; luego abordé otro taxi para que me llevara a casa.

Finalmente, me encontré con mis amigos y empezamos a dividir el botín, cada uno por igual, teniendo en cuenta a la persona que nos brindó la información. Quedaron buenas ganancias y felices todos.

Por medio de la persona que nos dio el dato de los extranjeros, nos dimos cuenta de que llegó fuerza pública de todas las especialidades, pero al final no pudieron obtener nada.

La paradoja

Acabamos de ver dos testimonios de vida bastante opuestos, pero lo más interesante es que no se trata de dos personas diferentes, sino de la misma persona, que es el protagonista de nuestra historia: Alex Fernando.

He querido presentar su historia de vida, primero, porque lo conozco desde que tenía 13 o 14 años y he sido testigo de muchas de sus experiencias de vida; pero, tal vez lo más importante es porque Alex, el joven involucrado en un sinnúmero

de conductas de riesgo, termina convirtiéndose en Fernando, un papá cariñoso, comprometido y orientador para sus dos hijos, hoy adolescentes.

Como psicólogo e investigador, resulta un caso de interés particular, porque nada de su experiencia de vida en la infancia y adolescencia nos hubiera permitido imaginar que podría llegar a convertirse en el padre que es. Y es precisamente eso lo que este libro pretende mostrar a los lectores: que, si Alex pudo ser un buen papá, no hay razones ni excusas para que otros hombres decidan no serlo o piensen que no pueden serlo.

Espero que, al permitirse aventurarse en la lectura de esta historia de vida, llena de altibajos –como una montaña rusa–, se logre generar en los lectores, especialmente en los varones, las reflexiones necesarias que les permitan replantear su papel como padres.

Norman Darío Moreno Carmona, Ph. D.